

RAUL MARIN B.

DON
GONZALO BULNES

1940

A mi querido y respetado amigo
don Tomás Chayer Ajida - hombre de
los historiadores americanos - afectuoso
recuerdo y modesto homenaje de

Raúl Marín

16-I-1941.

DON GONZALO BULNES

GONZALO BULNES

Recuerdos Personales de

RAUL MARIN B.

IMPRESA LETELIER
SAN DIEGO 675
SANTIAGO

Trabajo aparecido, en Diciembre de 1936, en la «Revista Chilena de Historia y Geografía», con motivo del homenaje rendido por aquella publicación al ilustre historiador.

Representaba dignamente lo mejor que ha tenido la patria.

Hijo y nieto de quienes nos libertaron y construyeron la República, al bagaje de glorias que recibió de los suyos, agregó él,—cumpliendo el anhelo de su padre que quiso fuera escritor—haber inmortalizado con su pluma las páginas más bellas de la historia nacional y ser considerado como uno de los primeros historiadores de América: fué el autor de “El Nacimiento de las Repúblicas Sud-americanas” y de “La Guerra del Pacífico”. Un escritor, profundo conocedor de nuestra historia y de la psicología de sus personajes, y crítico severo de nuestros historiadores, ha señalado su obra como la más acabada de su género.

Don Gonzalo Bulnes era como el Arca Santa que guardaba nuestras glorias. No en balde cuidaba él las espadas de San Martín, de O’Higgins y de Bulnes, junto a las banderas de Yungay.

Hijo de Bulnes, nieto de Pinto, amigo de don Manuel Montt y de don Domingo Santa María, sobrino y secretario de don Aníbal Pinto, jefe político de Tarapacá después de la ocupación chilena, diputado al Congreso Nacional, Ministro en Alemania e Italia, senador de la República, amigo, el más íntimo, del Presidente Sanfuentes, Embajador en la Argentina, primer Presidente del Partido Liberal, después de unificado,—vivió estrechamente unido a todo el desenvolvimiento de la República, y en él su actuación fué siempre eficaz por el vigor de su personalidad talentosa, por la sinceridad de sus principios y por el cariño apasionado que tuvo por esta tierra que le vió crecer.

Por eso cuando hablaba don Gonzalo Bulnes nos parecía oír la voz de la Patria.

...Y Chile le honró con un privilegio que rara vez concede un pueblo a un ciudadano: representar al país sin más credenciales que el de su propia personalidad. La América ha visto estrechamente unido a dos pueblos hermanos en la unión íntima de dos de sus grandes hombres: Chile y Argentina con Bulnes e Irigoyen; y ambos salvaron la neutralidad de sus patrias en la conflagración más grande de la historia. Bastaría considerar este sólo aspecto de su vida, múltiple en servicios prestados a la patria para que don Gonzalo Bulnes pase a ocupar, junto a su padre, un sitio de primer plano en la historia nacional.

Reflejo de su personalidad entera, como que el estilo es el hombre, fué su pluma de escritor y su oratoria de tribuno: espontáneo, castizo, sencillo y galano y nunca aventajado cuando lo inspiraba algún recuerdo querido o el último adiós a un amigo... porque, como todos los grandes caracteres, fué don Gonzalo Bulnes, sobre todo, un

hombre de corazón; un sólo y gran afecto ejemplar, llenó su larga vida: su esposa; a ella prodigó todas las ternuras y abnegaciones de su espíritu. Y su mayor preocupación de todos los momentos, fué la suerte de Chile; creo que ni aún la muerte podrá separar su espíritu de su patria que tanto amó.

Chile sin él nos parece como un libro que ha perdido una de sus páginas centrales: era don Gonzalo Bulnes el noble anciano, que nos vinculaba a un pasado lleno de gloria y de honor.

Conocí muy íntimamente a don Gonzalo Bulnes en su hogar, en los últimos años de su vida, por mi estrecha amistad con sus nietos. En su conversación, siempre viva y llena de la gran simpatía que irradiaba espontáneamente de su persona, conocí muchos de los bastidores del viejo Chile que él vivió o recordaba a través de las conversaciones con su padre, su tío Aníbal Pinto, don Manuel Montt y don Domingo Santa María.

En 1932, al publicar mi primer ensayo histórico sobre don José Gaspar Marín y la Independencia de Chile, en colaboración con don Estanislao Echenique Correa, le pedí quisiera honrarnos con el prólogo, que él terminó con sentidas frases que traslucen un poco de ese dulce-amargo sabor que da el haber vivido:

“El camino de las letras no está sembrado de rosas en este país. No proporciona beneficios materiales, pero ofrece compensaciones morales. Dignifica la vida, apacigua el espíritu manteniéndolo en un plano superior a los accidentes no siempre honrosos de la vida pública y social”.

En el verano de 1933, anunció el cable que don Hipólito Irigoyen agonizaba en la isla en que lo tenía relegado el gobierno argentino.

Ese mismo día almorcé en casa de don Gonzalo y oí de él estos recuerdos que constituyen una página del mayor interés de nuestra historia contemporánea, y que ese día, al llegar a mi oficina, apunté con la mayor prodigalidad de detalles.

“Mi amistad con Irigoyen—dijo don Gonzalo—comenzó allá por 1917. En ese año fui a Buenos Aires y usó conmigo toda clase de consideraciones que llamaron la atención de Emiliano Figueroa, nuestro Ministro allá, y según supe a mi regreso, dió cuenta de ellas en una nota de la que Sanfuentes me obsequió una copia.

“El público no ha sabido nunca la verdadera causa de las simpatías que me dispensó Irigoyen y las razones de su acercamiento a Chile. Estábamos, entonces en plena guerra europea; y el sentimiento aliadófilo también estaba ya penetrando en nuestro país y se habían creado dos bandos: uno por la neutralidad y otro en favor de la guerra. Sanfuentes resistía la guerra, pero los partidarios de los aliados esperaban que la Cancillería norteamericana obligaría a nuestro Gobierno a tomar el partido de la guerra. Igual cosa sucedía en la Argentina. Todo el mundo sabía que Wilson, al declarar la guerra a Alemania, quería también arrastrar a todos los países sudamericanos.

“Una mañana había encontrado a Sanfuentes especialmente preocupado. “¿Qué le pasa, hombre?”, le pregunté. “Ayer estuvo a verme, me contestó, el Embajador norteamericano, acompañado de su Secretario, para darle así mayor carácter oficial a la visita, a manifestarme a nombre de Wilson la exigencia, que más bien era una orden, que Chile abandone la neutralidad y declare la gue-

rra. Le contesté que para tomar una resolución tan grave, necesitaba consultar primero al Consejo de Ministros. Quedó de volver mañana a las tres a recibir la respuesta. ¡Cómo no he de estar preocupado! He dado un paso para salir de este conflicto: me he dirigido a Irigoyen tratándolo como vecino y amigo, le he expuesto mi situación y sin decírselo he buscado su cooperación y me ha contestado de una manera que me ha vuelto algo la tranquilidad. También me expresó, con mucha inteligencia, la influencia decisiva que tenía Argentina en esta situación y la Argentina era Irigoyen.

“Ese día a las tres, volvió el Embajador donde Juan Luis. Este le manifestó: “He reflexionado, señor Embajador, sobre su petición de ayer, y puede Ud. decirle al Presidente Wilson mi decisión de provocar la ruptura con Alemania tan pronto como ofenda nuestro honor, o nuestros intereses. Si así sucede, nuestra ruptura no se dejará esperar”. El Embajador y el Secretario se miraron sonrientes sin decir palabra. Sanfuentes se había puesto en un terreno inexpugnable: Wilson, antes había sostenido que los Estados Unidos no debían declarar la guerra a Alemania sino por razón de dignidad o por defensa de sus intereses; y Alemania en nada había ofendido ni lesionado nuestros intereses.

“Solucionada esta situación, subsistía la duda sobre la firmeza del Presidente argentino, e Irigoyen no era amigo de expresar su pensamiento, porque por una característica de este hombre extraordinariamente excepcional, buscaba su prestigio en el retraimiento y en el silencio.

“Yo pensaba, como Sanfuentes, que Chile debía mantener a toda costa su neutralidad. Había sido Ministro en Berlín en el apogeo del Imperio, y encontré en Alemania

tanta simpatía por nuestro país, que el Kaiser, en una entrevista que no he olvidado nunca, me había ofrecido la ayuda de su país para que conserváramos en nuestro poder las provincias de Tacna y Arica. Por otra parte, no podíamos olvidar que el canciller Bismarck había desbaratado, en 1885, la coalición europea que quiso intervenir en la liquidación de la guerra del Pacífico. No podíamos tampoco olvidar la patria de tantos maestros de nuestra juventud y de instructores de nuestro ejército. Recordaba yo, asimismo, los viejos colonizadores de Valdivia que mi padre había hecho venir en 1849 y que fué la base de la gran colonización del Sur que ha vigorizado nuestra raza y cultivado campos hasta entonces abandonados para crear el progreso por todas partes. ¡Qué vida, qué agrado iban a tener entre nosotros esta gente, a la que debemos tanto, si declaráramos la guerra a Alemania para complacer al Presidente Wilson y a algunos elegantes de Santiago enamorados de París y del llamado pensamiento latino!

“Sanfuentes, con su gran criterio de financista, me decía cuando tocábamos este punto: si nuestros aliados nos piden algún aporte, tendremos que decirles que no tenemos nada. Somos pobres de solemnidad. No tenemos dinero, ni soldados, y si es el salitre: lo necesitamos imperiosamente para vivir. ¡Lindo papel vamos a hacer declarando la guerra! Esta era la situación cuando yo visité a Irigoyen y partía de la base que para él se presentaba el mismo conflicto porque habría sido punto menos que imposible que un país quedara totalmente aislado en su neutralidad: necesitaba compañía.

“Irigoyen aquella vez que le visité, a que ya he aludido, me recibió con una amabilidad inusitada en él. Toqué yo el punto, y el Presidente me manifestó su resolución in-

quebrantable de no declarar la guerra a Alemania, y yo, por mi parte, se lo prometí, con igual seguridad, respecto de Chile. Vi el agrado con que oía mi declaración, y le propuse, después, el compromiso de nuestros gobiernos de comunicarse con anticipación todo cambio de actitud respecto a la neutralidad, para ponerse de acuerdo y armonizar una política común.

“Todo esto es ignorado de todos; fué un secreto del que sólo participaron Sanfuentes, Irigoyen, Pueyrredón y yo. Estoy seguro que cuando lo sepa la historia, nos encontrará toda la razón: nada perdimos con la neutralidad y actuamos con mayor dignidad que otros países de América.

“En Abril de 1918, vino a Chile en misión oficial, el Ministro de Relaciones argentino, Dr. Pueyrredón, con motivo del centenario de la batalla de Maipo, y era necesario, después, pagarle la visita y fuí nombrado como Embajador extraordinario, previa consulta a Emiliano que era Ministro en Buenos Aires.

“Mi misión tenía, por objeto visible, representar a nuestro país en la inauguración del monumento a O'Higgins, pero el fondo de la misión era ratificar oficialmente el acuerdo de los dos Presidentes.

“Irigoyen, así también lo comprendió, y como la vez anterior que le había tratado, extralimitó sus deferencias para mí. Mi discurso que pronuncié en la inauguración del monumento a O'Higgins fué oído de pie por el Presidente argentino, y al referirme a la alianza chileno-argentina de 1817, el Presidente avanzó hacia mí y me abrazó estrechamente al terminar mi discurso.

“Antes de venirme, aprovechando las deferencias de Irigoyen y sus simpatías a Chile tan manifestadas, le ha-

blé de nuestro aislamiento con el Perú. Irigoyen, para manifestar su desagrado con ese país por su sumisión a Wilson, tenía acéfala la Legación argentina en Lima. Me dijo entonces, haré llenar ese puesto para poderles ser útil a Uds., y, al efecto, al poco tiempo hizo extender el nombramiento de Ministro en Lima.

“A fines de 1920, estando de nuevo en Buenos Aires, sin representación oficial, fui a visitar al Presidente. En esos días, Perú y Bolivia habían hecho una presentación a la Liga de las Naciones en la cual pedían la revisión del tratado de Ancón y del tratado de 1904. Le dije a Irigoyen que no tena ningún título en ese momento que sólo era un ciudadano chileno que, seguro de su amistad, quería hablarle con toda franqueza. El Presidente me contestó, con toda afabilidad: “Diga todo lo que quicra. Todo lo que Ud. me diga será acogido”. S. E. conoce esos tratados, le manifesté. “No, me repuso, explíquemelos”. Indudablemente que Irigoyen conocía muy bien los tratados; esa respuesta fué, sin duda, para darse algún tiempo y no comprometer demasiado su opinión. Le dije: “Esos tratados se firmaron muchos años antes que se instalara la Sociedad de las Naciones. Si ésta se siente con derecho a revisar tratados tan antiguos y que han producido situaciones definitivas de derecho y de hecho, no debería tenersele como una Liga de paz sino de guerra. Calcule V. E. los cataclismos que traería para el continente sudamericano la revisión de todos los tratados suscritos de cuarenta años a esta parte. La única manera de que la Liga de las Naciones pueda consolidar la paz en el mundo, es legislando para el futuro y no para el pasado. Si hiciera lo contrario, desencadenaría, a lo menos en Sudamérica, una enormidad de conflictos. Creo, Presidente, que es Argentina, país gran-

de, satisfecho de su extensión y con prestigio americano, a quien corresponde hacérselo saber así a la Liga de las Naciones”. Me escuchó el Presidente con profunda atención, dándome, a cada instante, muestras de asentimiento. Después tomó un lápiz, redactó mi pensamiento, y me lo leyó por si tenía alguna aclaración que hacer. “Está exacto, señor, le repuse”. “Hoy se pondrá el cable a nuestro delegado en la Liga”, me declaró Irigoyen. Después en el Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores pude cerciorarme que ese mismo día el Presidente había cumplido su palabra. A los pocos días se verificó la sesión de la Liga en la que los delegados de Perú y Bolivia, dieron lectura a sus pretensiones. Acto continuo, se puso de pie el delegado argentino, señor Pueyrredón y leyó esta declaración: “Argentina no reconoce a esta Asamblea derechos para modificar los tratados que existían en el momento de su fundación”. Con sólo esta declaración, Argentina hundió la pretensión del Perú y Bolivia, que requería la unanimidad de la Asamblea”.

“Volví a Argentina en 1921, cuando Alessandri había iniciado la llamada “ofensiva diplomática con el Perú”. Las declaraciones de su joven Ministro me habían hecho formarme el convencimiento que todo se encaminaba para que Estados Unidos, fuera a la postre, el árbitro de la situación.

“Conversé nuevamente con Irigoyen, le manifesté mis temores: “Sentía pena como latinoamericano de buscar como árbitro de nuestros problemas a un país de otra raza, de otro idioma, de distinta mentalidad y de un poder material muy superior a los países sobre los cuales debía intervenir. Temía que el árbitro se nos quedara en la casa, era un alojado demasiado poderoso que podía transformarse luego en dueño y señor. Prefería un tri-

bunal latinoamericano con Argentina y Brasil. Concluí diciéndole: “Me sentiría feliz si S. E. aceptara este temperamento”. Irigoyen me contestó: “Ud. queda autorizado para decir que si su idea es aceptada en Chile, contará con el beneplácito de la Argentina. Nosotros no podemos negarnos a solucionar una dificultad entre países amigos”; y mirando a Pueyrredón que estaba a su lado, me agregó: “y en tal caso puede Ud. anunciar que nuestro delegado será el señor Pueyrredón”. Vi que Pueyrredón me miraba sonriente como diciéndome: “¿no le parece suficiente?”. Hice cuanto estuvo de mi parte en el Senado de mi país para imprimir a las gestiones un rumbo que nos llevara al camino que había conversado con Irigoyen.

“Ud. hombre, que es joven y que le interesan las cosas de su patria, no debe nunca olvidar que Chile tuvo en este hombre que hoy agoniza un amigo leal y sincero, siempre dispuesto a estar a nuestro lado”.

A contar desde el día que oí de don Gonzalo esta conversación, nunca le ví sin insistirle con verdadera majadería que escribiera sus memorias. Sólo conseguí que en un artículo que apareció en “El Diario Ilustrado” en homenaje a Irigoyen, se refiriera al interesante tema de nuestra conversación. Me pareca que para don Gonzalo eso de escribir memorias tenía mucho de petulancia, de vanidad, que era como reconocerse a sí mismo el papel de gran personaje. . .

Por este capricho de don Gonzalo—que prefirió volver a desmenuzar la vida de Carrera, cuyos interesantes capítulos dictó a su hija Teresa en su lecho de enfermo—con su muerte perdió Chile una fuente de su historia viva, que presencié y oyó todas las intimidades de nuestra

vida civil y guerrera... Cada uno de sus recuerdos era un pedazo de nuestra historia...

Sin más un día, que se hablaba de un joven que había sido asaltado en una calle oscura, don Gonzalo trajo a su mente el siguiente recuerdo: “Cuando mi padre estaba en Lima alojado en el Palacio de los Virreyes, después de derrotar a Santa Cruz, O’Higgins, desterrado en el Perú, iba a comer con él todas las noches. De regreso a su casa, mi padre lo hacía acompañar por un oficial que le alumbraba el paso en medio de la tenebrosa obscuridad de la Lima de entonces. El último día que comió en Palacio, antes del regreso de mi padre a Chile, O’Higgins, le dijo a mi padre: “Vea, Manuel, como todavía soy valiente; la primera noche que Ud. me hizo escoltar por ese oficial: le pregunté: “Dígame, amigo, ¿quién es Ud? —“Palma, me contestó— hijo de Fulano Palma a quien Ud. hizo fusilar”. Esperé todo el camino que me ultimara este hombre que me miraba con ceño duro; pero llegué vivo hasta mi casa, de la que se retiró Palma con todo respeto. Consideré cobardía manifestarle a Ud. que me cambiara la escolta, y, noche a noche, he vuelto a mi casa, después de comer, sin cruzarnos palabra, con tan peligroso acompañante. Hoy, de despedida, no puedo menos de contárselo”.

Anécdotas como ésta, en que cada personaje era un padre de la patria, un Presidente de Chile, o un esclarecido estadista, llenaban la conversación incomparable de don Gonzalo Bulnes.

En la Convención que una parte del Partido Liberal celebró en Diciembre de 1931, fué designado don Gonzalo Bulnes para presidirla. En ella se acordó propiciar la unión de todos los elementos liberales. Don Ladislao Errázuriz, a quien se designó entusiastamente Presidente del Partido, declinó el cargo para facilitar esta aspiración. En Abril de 1932 se llegó a un feliz término en las gestiones de unificación y le correspondió a don Gonzalo Bulnes ser el primer Presidente del Partido Liberal que comprendió las fracciones que antes habían formado los partidos liberal-democrático, liberal, liberal-doctrinario y nacional.

Presenció la entrevista en la que don Ladislao Errázuriz comunicó a don Gonzalo Bulnes el acuerdo de todos los liberales para que fuera él quien los presidiera:

“Estoy seguro, don Gonzalo—le dijo el señor Errázuriz,—que su patriotismo no resistirá la unificación y ha tenido el privilegio de ser aceptado de todos”. “Estoy viejo ya, Ladislao,—contestó don Gonzalo,—ya no sirvo para nada, pero si Ud. cree que aceptar esto es cuestión de patriotismo y que yo soy necesario, lo hago con gusto por el país, y por Ud. Ladislao, porque lo estimo mucho”.

Al poco tiempo de su designación como Presidente del Partido Liberal, vino el 4 de Junio, en cuya madrugada se sublevaron diversos regimientos. El Presidente de la República, don Juan Esteban Montero, llamó en la mañana de ese día a las personalidades más destacadas del país para oírles su opinión y tomar algún acuerdo respecto a la situación producida.

La reunión tuvo lugar en el Salón Rojo de la Moneda, poco después de las 9.30 de la mañana. El Presidente explicó la difícil situación en que se encontraba el Gobierno, sin apoyo en las fuerzas armadas, totalmente plegadas a la revuelta. Ofreció la palabra. Nadie interrumpía el solemne silencio. Entonces el Presidente ofreció la palabra a la primera figura de la reunión, a don Gonzalo Bulnes. Dijo don Gonzalo: “¡Las Fuerzas Armadas ya no sólo atentan contra el orden constitucional, sino contra la existencia misma de la República! A pesar de mis años no tengo experiencia en estas cosas. Estos motines no eran conocidos en mis tiempos. Los soldados de Chile a cuyo recuerdo consagré mi pluma de escritor, sólo combatían contra el enemigo extranjero... Me imagino que lo que debe hacer el Presidente es oponer la firme resistencia de los civiles ante la inminencia militar. Agotar todos los recursos y medios posibles y seguir en el gobierno por el período por el cual fué elegido por el pueblo...”

El golpe militar concluyó también con la unión liberal, que vino a reanudarse en 1934. La última actuación pública, de don Gonzalo Bulnes fué tratar que el Presidente de la República, que el país debía elegir en Noviembre de 1932, representara el repudio, la condenación al golpe del 4 de Junio.

Sólo sus 83 años le alejaron de la política activa. Continuamente, entonces, le visitaba. Cuando llegaba a su casa, casi siempre le encontraba escribiendo sobre Carrera. Me dijo un día: “Cuando más estudio a este hombre, más me interesa su personalidad. Tenía talento, veía más lejos que sus contemporáneos; se le tilda de ambicioso, pero no fueron menos los que combatieron por pura ambición de mando, apartándole de la dirección del país para la cual estaba más capacitado que ninguno. El hombre vió las cosas claras desde que pisó su patria en 1812 y su mayor preocupación fué organizar el ejército; todas las obras de la patria vieja, que se recuerdan con admiración, fueron las obras de Carrera. Sin él, Pareja habría dominado totalmente a la revolución. Era valiente, era altivo, si hubiese encontrado ayuda de los chilenos, habría ocupado un sitio muy alto entre los libertadores americanos”.

Aunque rodeado de libros y papeles de otros tiempos, nada le interesaba más a don Gonzalo que el presente. Estaba al cabo de toda la política internacional, y cada persona que llegaba de visita debía contarle todo lo que había de nuevo. “¿Qué cuenta el mundo?”, era su pregunta inevitable.

Al comenzar el invierno de 1935, don Gonzalo Bulnes —que, a pesar de sus 84 años, conservaba intacta su salud de fierro que junto, a su talento firme y vigoroso, formaban una personalidad excepcional—tuvo una fuerte afeción que le aprisionó en su casa.

Su espíritu, entonces, se entristeció mucho al no poder contemplar la naturaleza, ni recorrer a pié las calles de Santiago, la gran aldea de 1850 que él vió crecer hasta

convertirse en la gran ciudad de hoy. “Aquí me tiene, hombre, como un inválido”, me decía con visible mal humor, pero al poco rato el vigor de su espíritu se superponía a las pesadumbres físicas y comenzaba su charla brillante, sencilla y afectuosa.

Después de no poco insistir, accedió don Gonzalo a que él me dictara sus memorias. Primero me hablaría de sus recuerdos de familia, después de los padres de la patria, de cada Presidente de Chile, de sus recuerdos íntimos de la guerra del Pacífico, de la revolución de 1891, de su misión en Alemania e Italia y del desarrollo político que él había convivido. Comenzamos en el mes de Junio de este año.

“Comenzaré—me dijo—por los recuerdos de mi Abuelo Francisco Antonio Pinto y de su hijo, mi tío Aníbal.

“Nunca pensó mi abuelo Pinto en ser un militar, fueron las circunstancias las que hicieron de él un General. Había estudiado leyes hasta obtener su título de abogado, en la Universidad de San Felipe. Sus maestros y sus discípulos lo estimaron mucho, estimación que contribuyó a la alta figuración política que tuvo en su vida. Después de recibir su título de abogado, estuvo en Lima, y ahí le tocó presenciar la última víctima de la Inquisición peruana. vió quemar viva a una muchacha menor de veinte años a quien se le acusaba de tener pacto con el diablo y volar con alas diabólicas sobre las torres de las iglesias; lo que le impresionó vivamente. Don Ricardo Palma ha escrito esta misma escena que presencié mi abuelo en sus “Anales de la Inquisición de Lima”.

“A su regreso a Chile, se hablaba que Napoleón preparaba una expedición a América para someter las colonias de España a su Imperio, y mi abuelo fué uno de los

más entusiastas organizadores de una guardia cívica que se aprestaba para pelear contra Napoleón. Esta guardia cívica hacía sus ejercicios en las Lomas de los Cerrillos, donde hoy existe una cancha de aterrizaje. Pero no vino Napoleón y la guardia se disolvió.

“En el movimiento del año 10, fué mi abuelo un decidido Juntista, y cuando don José Miguel Carrera no aceptó el cargo de Agente en Buenos Aires, con que se le quiso alejar del escenario político de Chile, le fué ofrecido a mi abuelo. Después de Buenos Aires pasó a París y a Londres. En Europa tuvo mucha ocasión de aumentar su cultura. Fué de los primeros suscritores de la “Revue des deux Mondes”, que leyó hasta su muerte, cuya suscripción conservó mi madre—quien heredó de él el gusto por la lectura—y la que yo he renovado hasta estos días.

“En Inglaterra, mi abuelo asistía continuamente a las sesiones del Parlamento y se empapó en el sistema democrático inglés. Ahí conoció a Bello y a Mora. Con este último elaboró después la famosa Constitución liberal de 1828, que estaba buena para Inglaterra pero no para nosotros: establecía unas asambleas, que eran verdaderos parlamentos, en las provincias, y la elección de los jueces por el pueblo. El mismo reconocía después estos errores.

“De vuelta de Inglaterra, pasó nuevamente a la Argentina, donde se le nombró Coronel del Regimiento N.º 5 del Ejército de Belgrano.

“En Tucumán se casó con doña Luisa Garmendia, de las más viejas familias de Argentina, quien era media hermana del llamado Cura Muñecas, uno de los propulsores de la Independencia. En casa de los Garmendia también nació Monteagudo, hijo de una antigua empleada de la familia.

“Ese mismo día del matrimonio de mi abuela Garmendia, se casaron sus otras dos hermanas: una con el Coronel Elguera, Ayudante de Belgrano y padre del distinguido político argentino don Federico Elguera; y la otra, con un oficial de Napoleón, que había emigrado a América después de Waterloo. Belgrano fué el padrino de estos matrimonios.

“Cuando había sido enviado a Londres, uno de sus hermanos, muy aficionado a las peleas de gallos, le encargó que no dejara de pedirle un gallo a Jorge III, Rey de Inglaterra, también muy gallero. Cuando partía de Buenos Aires a Chile, se acordó mi abuelo de este encargo de su hermano y en Mendoza le compró un gallo que aquí se lo regaló como del criadero de Jorge III. Quiso la suerte que el gallo mendocino se las ganara a todos los gallos de Santiago, y se hizo muy popular con el nombre del Gallo de Jorge III.

“Después zarpó mi abuelo en la expedición Libertadora al Perú, y le correspondió comandar una expedición al Sur del Perú contra el Virrey La Serna. Cuando nuestro ejército allá se estaba ~~devastando~~ ^{destrozando}, recibió orden de Freire de traer al país las fuerzas chilenas. Con ellas acampó en Coquimbo y fué designado Intendente de esa plaza. Desde La Serena hizo venir a Chile a su esposa que se había quedado en la Argentina. Acompañó a mi abuela, un argentino “práctico” en el paso de Los Andes, porque era arriero de la región, y que después fué conocido como el general Benavides. Pasaron por el boquete de San Juan. Mi madre doña Enriqueta y una tía, doña Delfina—quien después casó con don Ramón de Rozas Mendiburu, hijo del Dr. don Juan Martínez de Rozas—venían, como eran

muy niñitas, en unas árguenas, cada una a cada lado de la mula.

“Desde Santiago, Freire le mandó llamar diciéndole: “Quiero que Ud. se entienda con un zorro romado que ha llegado, y que aquí está emborrachando a la gente con bendiciones apostólicas” .Se refería a Muzzi, que estaba en misión eclesiástica. Al poco tiempo nació en Santiago mi tío Aníbal Pinto, que fué bautizado por Mastai Ferrati, después Pío IX. Se le puso Aníbal por el Papa de entonces, Gregorio XVI, nacido Aníbal de la Gongra.

“En Santiago encontró mi abuelo una carta de Bolívar en que le dice: “Al llegar a Lima, he tenido el sentimiento de no encontrarlo aquí, como esperaba, porque deseaba estrechar entre mis brazos a quien tanto ha hecho por la libertad de América”. Esa carta yo la conservo en mi poder.

“A la renuncia de Freire vino el caos en Chile, y mi abuelo, muy querido de todos, recibió la exigencia del Senado de hacerse cargo de la Presidencia de la República. Elaboró entonces con Mora, la llamada Constitución de 1828, que estaba muy lejos de ser el remedio que necesitaba el país y muy luego hubo de renunciar la presidencia en manos del Presidente del Senado, don Francisco Ramón Vicuña. Después, en 1829, fué nuevamente elegido Presidente por la Convención de Valparaíso, pero tanto él como el Vicepresidente don Joaquín Vicuña, no aceptaron sus cargos por el estado de desorganización y completa anarquía, en que estaba el país. Triunfante los pelucones en Lircay, Portales tuvo contemplaciones muy especiales para la persona de mi abuelo, pero como éste se resistiera a reconocer el nuevo gobierno, lo separó del

ejército e hizo borrarlo del escalafón. Esto no amargó en lo más mínimo a mi abuelo y después fué un entusiasta admirador de Portales.

“Sus amigos liberales lo llevaron al Senado y también fué Consejero de Estado; pero el curso de los años y la experiencia que había recogido lo acercaron a los partidos de gobierno. En 1846, la oposición quiso levantar su candidatura contra la reelección de mi padre, pero él se resistió con firmeza.

“Siempre le veía en sus últimos años. Leía los días enteros. Su casa estaba situada en Alameda, próxima a la calle de las Cenizas, hoy San Martín. En un gran potrero que había detrás de la casa y donde siempre estaban sueltos los caballos del coche, yo encumbraba volantines con mis hermanos. Cuando se nos acababa la plata, bas-taba decirle al abuelo: “estamos mal, tata”, y él nos daba 2 reales. Murió en 1858”.

“Con mi tío Aníbal tuve muy estrecha amistad; así pude conocerle muy íntimamente. Era parco, tenía dificultad para expresarse. Por lo mismo no miraba con simpatía a los políticos que hacían fácil carrera con su palabra. En cambio, era muy estudioso y muy verídico, tenía un verdadero culto por la verdad. También fué siempre un hombre de costumbres muy honestas. Mi padre le quería mucho, y lo hizo Secretario en Roma en una misión que presidió don Ramón Luis Yrarrázaval. Don Ramón Luis Yrarrázaval fué un político de gran situación en su época. Decía entonces la gente, que mi padre, con malicia de penquino, lo había hecho Vicepresidente para saber si era capaz de desempeñar, después, bien la Presidencia. El caso fué que mi padre se decepcionó de Yrarrázaval, a quien le dió, en su vicepresidencia por andar de banda y

con escolta de caballería. Lo envió a Roma. Un joven Herrera hizo de Secretario y mi tío Aníbal, entonces muy joven, iba de segundo Secretario. Cuando Garibaldi comenzó la ofensiva sobre Roma en 1848, don Ramón Luis Irarrázaval abandonó la ciudad; Herrera estaba en la altura tomando temperamento, porque era tuberculoso, y mi tío Aníbal quedó a cargo de la misión y allá hubo de tratar con el Papa Pío IX que le había bautizado en Chile. En sus cartas se dejaba ver como un apasionado libre-pensador: atacaba a la Iglesia y a la Corte Pontificia. Esta adversión a la Iglesia la conservó toda su vida. Cuando iba a morir, y el P. don Salvador Donoso le pidió que se confesara, exclamó: “De qué quieren que me confiese, cuando no le he hecho mal a nadie”.

Cuando regresó de Europa, se enamoró de doña Delfina Cruz, hija del general. Un día mi padre lo encontró muy triste, y le preguntó lo que le pasaba: “Quiero casarme con la Delfina Cruz y el general se opone”, le contestó. “Yo te arreglaré el asunto”, le prometió mi padre; y efectivamente el general accedió ante mi padre al matrimonio de su hija. También mi padre, para que arreglara su situación económica, le arrendó la hacienda de Santa Fe en tres mil pesos al año y le regaló una tercera parte de las minas de Puchoco que él había comprado a los Rojas.

“En esa época, siempre encargaba a Europa mi tío Aníbal las mejores producciones literarias y después me las mandaba para que las leyera.

Fué él muy amigo y ardiente partidario de don Federico Errázuriz, quien le nombró Intendente de Concepción y después Ministro de Guerra y Marina, puestos que desempeñó con mucha dedicación y tacto. De aquí, junto

al prestigio que le legó su padre, nació su candidatura presidencial, decididamente apoyado por el Presidente Errázuriz, quien no tenía simpatías por Vicuña Mackenna. Los conservadores, en cambio, ofrecieron todo su apoyo a don Benjamín, que era un hombre muy respetuoso de las ideas religiosas.

“Como Presidente de la República tiene mi tío Aníbal el mérito de haber sido muy respetuoso de la opinión pública y de la Constitución, en medio de la guerra. En los momentos más difíciles de la campaña, los meetings en las calles y las interpelaciones en el Congreso se sucedían sin cesar, sin que el gobierno hiciera valer contra ellos las circunstancias extraordinarias porque pasaba el país. Hubo un diputado, Pinto Arrate, que llegó hasta proponer que el Congreso designara una comisión que dirigiera la guerra... La guerra se hizo en plena vigencia de la Constitución, sin pedir nunca facultades extraordinarias y manteniendo el Congreso abierto.

“Mucho enaltece a mi tío Aníbal, la pobreza con que dejó el poder. Para aumentar su escasa renta hubo de hacer traducciones para “El Ferrocarril”.

En el mes de Julio, las Memorias de don Gonzalo no avanzaron; cuando iba a verle se me encargaba, por orden médica, que las visitas fueran cortas y evitara hacerle conversar largo. Más de una vez, en que el médico había dado orden de que don Gonzalo no recibiera a nadie, al oír él mi voz en el hall que quedaba al lado de su dormitorio, ordenaba terminantemente que me hiciera pasar y me interrogaba, lleno de interés, “por todo lo que pasaba en el mundo”—“¿qué cuenta el mundo?”—me de-

eía. Una vez le encontré mejor, estaba vestido, sentado en un sillón y leía la “Revue de deux Mondes”. Conversó con sumo interés y al despedirse, me idjo: “Déme el brazo, hombre, lo acompañaré hasta la puerta...” Era la juventud de su espíritu que quiso doblegar la ancianidad de su cuerpo! Se tomó de mi brazo, alcanzó a caminar algunos pasos y hubo de decirme: “Amigo, no puedo seguir, que baste el deseo...”.

